

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS
DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y
SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

SECCION RECREATIVA.

¡AH! LA CIENCIA.

—Tío Matraca, estoy admirado de ver lo sucedido en Madrid. ¿Usted sabe que cosa más grande es eso de anunciar las tempestades ocho días antes de que lleguen?

—Hombre, si. ¿Y tú sabes que cosa más grande también, es eso otro de que lleguen á los ocho días, cojan á la gente y le rompan la crisma?

—Es muy grande la ciencia.

—Si que es grande.

—Pues no digo nada de los adelantos que se han hecho en las epidemias. Hasta los niños de pecho saben ya que el cólera consiste en un animalito llamado Bacillus Vírgula.

—Es verdad; en el animalito Vírgula que se mete en el cuerpo por salva la parte, y se lleva al otro mundo á quien le pillan derecho.

—¡Cuanto descubrimiento!

—¡Mucho!

—Por supuesto, ya sabrá usted también que sobre los terremotos se ha hecho otro adelanto.

—¿Otro?

—Se sabe ya que son admosféricos.

—¿Qué me cuentas? De manera que ahora ya no se caerán las casas.

—Tanto como eso, no señor, pero quiere decir, que progresando, progresando, venimos á descubrir, que todo cuanto nos decían ustedes antes sobre la *Providencia* y la *mano de Dios*, era una ilusión nacida de la ignorancia.

—¡Ah blasfemo! no es poca la que tú encierras en la calabaza. ¿Con que porque el cólera es un animalejo, y los terremotos tienen relacion con la admósfera y las tempestades se anuncian, ya no hay Providencia Divina?

—A lo menos se ve que todo obedece á *leyes fijas*.

—¿Todo? ¿Es que tú *lo ves todo*, Blas?

—No señor, pero veo lo suficiente para comprender que el Universo está sujeto únicamente á *leyes naturales*.

—¿Y qué son *leyes naturales*, hijomío?

—Toma, eso no se pregunta.

—Lo que has de decir, es que no se contesta. Las *leyes naturales* son, como el animalito *Vírgula*, una cosa que tú no entiendes ni yo tampoco. Y sinó, dime, hijo mío; el sol sale todos los días, ¿no es esto?

—Si, señor.

—¿Y por qué sale?

—Porque es natural que salga.

—Pero ¿por qué es natural que salga?

—Porque la tierra da vueltas á su alrededor.

—¿Y por qué la tierra da vueltas á su alrededor?

—¡Canario! ¡Pregunta usted poco! La tierra dá vueltas porque hay una fuerza que la mueve.

—¿Y por qué hay una fuerza que la mueve?

—Toma, ¿y yó que se?

—¡Ah! ¿con que nó lo sabes? Pues entonces, ¿por qué te atreves á hablar de lo que no sabes? Pedazo de camello, á tí vá á pasarte lo que á la rata científica. ¿No sabes el cuento de la rata científica? Pues escuchalo:

Allá, en el último rincón de una fábrica de chocolates, vivían dos ratas que aunque tenían vecinas las madrigueras no tenían muy unidas las opiniones. Golosa una de ellas como todas las de su casta, pero sumamente tímida y asustada á consecuencia de los ruidos que escuchaba todos los días, no se atrevía á salir nunca de su agujero, persuadida como estaba de que en aquellos estrépi tos debía andar sin duda la mano del hombre.

Por el contrario, la otra, escéptica y despreocupada, jamás crayó semejantes

cuentos de vieja, que consideró siempre hijos del fanatismo.

La tal ratilla era lo que pudiera llamarse hoy una rata materialista.

Cierto día, la tímida, se atrevió á sacar el hocico por una de las bocas de su madriguera que daba precisamente al cuarto de la maquinaria, y se quedó admirada. Los escétricos que iban y venían, las ruedas que giraban, los golpes de vapor que á intervalos fijos se escapaban por todas partes, la dejaron con la boca abierta.

—¡Cuanta sabiduría! exclamó llena de asombro. No en vano me decía mi madre que existía un ser superior llamado hombre, cuya inteligencia rije y gobierna los destinos de las ratas. De hoy más la contemplacion de estas grandezas me afirma en la creencia de ese Ser Superior, y me obligará á vivir siempre con el ojo alerta huyendo toda clase de pecados.

Ya sabemos que los pecados de las ratas son hincar el diente á lo que pillan, empezando por el queso de bola.

Pero, (lo que vale creer), la de nuestra historia afirmada más y más desde aquel día en sus creencias sobre la existencia del hombre, se metió en su madriguera, y huyendo de ilusiones engañosas se dedicó á criar inocentemente á sus hijuelos con los desperdicios de la basura.

Mas llegó un día en que habiendo pasado á hacerle una visita su *ilustrada* amiga, empezó á hablarle de esta manera:

—¡Infeliz! ¿por qué no sales de tu madriguera y gozas de más libertad? ¿No sabes que existen en esta casa unas pastillas de chocolate que *dan la hora*, y unos embutidos que dicen *comedme*?

—A todos nos gustan esas hierbas, contestó la interpelada, apartando de la memoria hasta el nombre de la maldita tentacion; á todos nos gustan, bija mía; pero me enseñaron mis padres que esos son géneros prohibidos y no los como.

—Prohibidos, ¿Por quién?

—Por el hombre.

—¡El hombre! Pero ¿quién es el hombre?

—Un Ser altamente sabio, fuerte y poderoso, capaz de hacer muchísimas cosas.

—Preocupaciones, dijo la libre-pensadora. Ese ser es un mito.

—Pero, hija, ¿no escuchas ese espantoso ruido que suena á cada instante? ¿Quién puede hacerlo sinó la mano del hombre?

—¡Ja, ja, ja! exclamó riéndose la rata despreocupada. Veo que vives muy atrasada, pobre amiga. Pues ¿qué no sabes que la ciencia ha estudiado ya esos fenómenos, y ha descubierto que son efectos puramente naturales? Ven y te convencerás tú misma.

Y la ilustrada profesora de *pienso libre* condujo á su educanda al cuarto del vapor.

—¿Vés, tonta? dijo señalándole los aparatos. Ese estrépito que á tí tanto te asusta, no es sino el efecto natural de todo este mecanismo.

—Pero ¿quién mueve este mecanismo?

—Esa palanca.

—¿Y quién mueve esa palanca?

—Aquel piston.

—¿Y el piston, quien lo mueve?

—El *humo* que produce esa caldera.

—Bien, pues entonces, puesto que no hay *humo* sin fuego, ni fuego sin mano que lo encienda, la mano que enciende el fuego será la del hombre á quien yo temo.

—¡Infeliz! ¡que ideas tan rancias! Ya se conoce por tu *fanatismo* que has debido educarte en la despensa de algun convento. ¿No conoces, mujer (1), que todo eso es ridículo? La ciencia ha destruido todas esas preocupaciones y ha hecho ver con sus adelantos que la naturaleza misma es la que enciende el fuego.

—Pues llamala *ache*, hija mía; si es la Naturaleza, haz cuenta que le tengo miedo á la Naturaleza.

—Pero ¿por qué?

—Porque cuando esa señora tiene poder para hacer tales cosas y talento para armar tales barandadas, de suponer es que tendrá cada ojo como un plato y que sabrá más que las ratas.

—No lo creas, infeliz; eso son quimeras. La naturaleza no vé, ni oye ni sabe una palabra; es *inconsciente*.

—*Inconsciente*. ¿Y qué es eso de *inconsciente*?

—Mujer, quiere decir que es como una especie de órgano, que toca las piezas sin saberlo.

—Pero lo sabrá el quien le de al manubrio.

—No lo creas, toca solo.

—¿Solo?

—Sí, solo, porque la fuerza que le mueve es *inmanente*.

—*Inmanente*! Ya tenemos otra. Tampoco lo entiendo.

—Mujer, fuerza *inmanente* es la que

(1) Donde diga mujer léase rata.

hay en las cosas que se mueven por sí mismas.

—Ahora lo entiendo menos, ¡caracoles! vaya un enredo. Con que... órganos *inconscientes* y fuerzas *inmanentes*. Y todo para venir á parar á que estos aparatos se hicieron por sí solos, sin saber ni aun ellos mismos que se hacían.

—Esa es la *ciencia*.

—Pues hija, no me gusta la *ciencia*.

—Porque no conoces sus buenos resultados.

—Cuales son sus buenos resultados.

—Te lo explicaré en dos palabras:

En el mundo hay dos clases de personas; (digo ratas), unas que como tú, viven aun á la antigua, creyendo en un ser superior que rije los destinos de este mundo y temiendo sus castigos si faltan á las leyes que llaman de la justicia etc., etc.: y otras que habiendo gustado como yo el fruto del árbol de la *ciencia*, se dejan de tonterías y no creen en nada.

Las primeras, claro es, como temen el castigo no se atreven á pecar, y si lo hacen se arrepienten, procurando no volver á caer en la tentacion, por lo cual viven siempre entre privaciones, sin atreverse á morder una triste longaniza. Pero las segundas, como no tenemos rey ni Roque, nos echamos el alma á la espalda, vivimos á nuestras anchas y le hincamos el diente á cuanto pillamos por delante. Conque ya ves si la *ciencia* dá buenos resultados.

Si, ya veo que es excelente... para llenar el estómago. Pero aun así no me convenzo.

—¿Por qué?

—Porque una ciencia que solo sirve para hacer golosos y crear ladrones, no debe ser buena y no siendo buena no debe ser verdadera.

—Vaya, dijo la rata científica, un poco aturdida sin saber ya contestar á aquel argumento, pues para que veas que es verdad cuanto yo digo y que todas tus creencias son preocupaciones, ahora mismo voy á bailar una contradanza junto á aquella terrible palanca que vá y viene con tanto furor y veras como me burlo de sus movimientos que no son sino efectos de las *leyes naturales*.

Y diciendo y haciendo la ilustrada rata se puso á dar saltos y piruetas, sorteando el vaiven de uno de los escéntricos de la máquina.

Pero en aquel momento ¡oh desgracia! el amo de la fábrica miraba por una regilla.

Ver á la bailarina y acordarse de sus

chocolates roídos á traicion, todo fué obra de un instante.

—¡Ah pícaral dijo; esa debe ser la que me estropea las pastas. Yo te compondré.

Y con el único y exclusivo objeto de componerla se dirigió de puntillas á la máquina, tocó una pequeña manivela y... ¡horror! un chorro de vapor ardiente, espantoso, terrible, silbó con furia haciendo rodar por el suelo á la bailarina.

—¡Hiiiiiiii! gritó esta, envuelta en una nube de humo. ¡Ay de mí pellejo!

—¿Qué es eso, querida? exclamó la otra desde la puerta de su madriguera.

—Que me muero.

—¡Pues mujer, ¿no conocías las leyes naturales?

—Si, pero me faltaba aun conocer una.

—¿Cual?

—La que destapa los agujeros de las máquinas y mata á las ratas ilustradas con un taponazo de agua caliente.

Y dichas estas frases

la pobre rata

dando un triste suspiro

tiró la pata

Y allí *inconsciente*

sobre el húmedo suelo

Quedó *inmanente*.

—¡Muy bien, tío Matraca! el cuento es muy bonito, pero vamos... al fin es un cuento.

—Si, Blas; pero un cuento que puedes aplicarte, tú y todos los que profesais la *ciencia*... ratonera.

—No lo haré, porque hoy los grandes hombres, diga V. lo que quiera, abandonaron ya las antiguas doctrinas.

—Es decir, ¿que segun tú, los grandes hombres no creen en Dios? Pues mientes, Blas, con toda tu boca, porque hoy como siempre, los hombres verdaderamente grandes, los hombres de ciencia, los hombres de talento, creen con más fé que nadie en las grandes verdades de la religion cristiana.

¿Lo oyes, Blas? con más fé que nadie: y yo te lo demostraré como dos y dos son cuatro, haciéndote ver que solo los sabios de medio pelo, los *cursi* de la *ciencia*, los filósofos como tú son ya los que dudan de la Divina Providencia. ¿Y sabes por qué dudan? porque la soberbia les ha dejado ciegos, porque como Luzbel quisieron meterse á Dioses y se quedaron en pobres diablos.

—Tendré gusto en discutir con usted esa materia.

—Pues te prometo darte ese gusto en el número siguiente.

EL RICO Y EL POBRE.

CUENTO DE GRIM,

Tras una vida de azares y de trabajos, falleció un pobre aldeano, y su alma dirigióse inmediatamente al cielo.

Coincidiendo con esta muerte, ocurrió la de un noble y poderoso caballero, cuya alma tomó el mismo camino que la del aldeano.

Juntas llegaron ambas á la puerta del cielo, y San Pedro, provisto de las correspondientes llaves, abrió y dejó pasar primeramente el alma del poderoso, haciendo caso omiso de la del aldeano que se quedó arrinconado en un lado.

Cerró la puerta el Apostol guardián, y el alma del infeliz aldeano escuchó los cánticos de alegría y las regaladas músicas con que en la gloria se recibía á la del poderoso señor.

Cuando cesaron las músicas, el alma que tan pacientemente esperaba, volvió á llamar, y San Pedro acudió diligente á franquearle la entrada.

Lo mismo el santo portero que los ángeles, recibieronle afablemente; pero no hubo cantos ni músicas ni ninguna de aquellas celestiales armonías con que se solemnizara la entrada de la primera.

Entonces el alma del aldeano se dirigió á San Pedro y le preguntó:

—Decidme, Señor: ¿en qué consiste que el poderoso ha sido tan ostentadamente recibido aquí, y al pobre no se le festeja?

¿Acaso reina en este lugar la desdichada parcialidad que existe en la tierra?

—No tal, repuso el Santo Apostol. Tú eres tan grato á nuestros ojos como todos los buenos.

Para nuestro cariño, no hay preferencia de ningún género, y tú vas á disfrutar de todos los goces que á los que obraron bien reserva el Paraíso; pero como pobres desgraciados como tú vienen todos los días, y poderosos entran solamente uno cada cien años, justo es que celebremos con tanto regocijo su llegada.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

29. Las siete parábolas del reino de Dios.

Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados, como las practiquéis. Juan 13. 17.

Después de las fiestas de Pascua regresó Jesús á Galilea. Hallándose un día

sentado á la orilla del lago Genesaret, se juntó al rededor de él un concurso tan grande de gentes, que le fué preciso entrar en una barca, para desde ella predicar al pueblo. Hablóle de muchas cosas por medio de parábolas, diciendo:

1. PARÁBOLA DEL SEMBRADOR. «Salió una vez cierto sembrador á sembrar, y al esparcir los granos, cayeron algunos en el camino, y vinieron las aves del cielo y se los comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, nacieron luego, mas saliendo el sol y faltando la humedad, sesecaron. Otras semillas cayeron entre espinas y las espinas crecieron á la vez y las sofocaron, algunas en fin, fueron á parar en tierra buena y produjeron fruto, á treinta, á sesenta y á ciento por uno.» Después dijo Jesús: «El que tiene oídos para entender, que entienda.» El divino Maestro explicó luego esta parábola á sus discípulos, diciendo: «La simiente es la palabra de Dios, lo sembrado en el camino son aquellos que la oyen, pero no la quieren comprender. Viene luego el diablo y roba de sus corazones la palabra, que los pudo salvar. La que cae en pedregal representa á aquellos que oyen con gozo la palabra, pero ésta no echa raíces en ellos, éstos solo creen por algun tiempo, pero cuando viene la tentacion, se apartan otra vez del Señor. La que cae entre espinas son aquellos, que escuchan la palabra, pero los afanes de este mundo, las riquezas y los goces la sofocan de modo que no produce fruto alguno. Pero la que cae en tierra buena, son aquellos, que, recibiendo la palabra con corazón bueno y puro, la retienen y producen frutos duraderos.»

2. PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA ENTRE EL TRIGO. «El reino de los cielos es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Pero, mientras sus trabajadores dormían, vino su enemigo y sembró zizaña entre el trigo. Cuando creció el sembrado é hizo fruto, apareció tambien á la vez la zizaña. Se presentaron entonces los criados del padre de familia y dijeron: «Señor ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues de donde viene la zizaña?» Él contestó: «Es mi enemigo quien la habrá sembrado.» Los criados le preguntaron de nuevo: «¿Quieres que vayamos y la arranquemos?» «No, respondió aquél no sea que arrancando la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta el tiempo de la siega, y entonces diré á los segadores: Cojed primero la zizaña y atadla en gavillas para quemarla; mas el

trigo recogedlo en mi granero.» Jesús explicó esta parábola de la manera siguiente: «Aquél que siembra el trigo es Hijo del hombre, el campo es el mundo, la buena simiente son los hijos del reino de Dios, y la zizaña son los hijos del espíritu maligno, y el enemigo que la ha sembrado es el demonio; la siega es el fin del mundo y los segadores son los Ángeles. Así como se recoge la zizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo de Dios á sus Ángeles y quitarán de su reino á todos los escandalosos y á cuantos obran la maldad: y los arrojarán en el horno del fuego infernal. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Los justos por el contrario resplandecerán como el sol en el reino de su Padre celestial.»

3. PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA. «El reino de los cielos, continuó Jesús diciendo, es semejante al grano de mostaza, que tomó en su mano un hombre y sembró en su campo. Este grano es en verdad la más menuda de todas las simientes, pero después de crecida, es la mayor de todas las plantas leguminosas y hasta llega á hacerse árbol, de modo, que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas.»

4. PARÁBOLA DE LA LEVADURA. «El reino de los cielos es semejante á la levadura, que cojió una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada.»

5. PARÁBOLA DEL TESORO. «El reino de los cielos es tambien semejante á un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo esconde y gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene, y compra aquél campo.»

6. PARÁBOLA DE LA PERLA. «El reino de los cielos es asimismo semejante á un mercader, que trata en perlas finas y viniéndole á las manos una de gran valor, se va, y vende cuanto tiene y la compra.»

7. PARÁBOLA DE LOS BUENOS Y MALOS PECES. «Tambien el reino de los cielos es semejante á una red, que echada en el mar, coje todo género de peces, y en cuando está llena, la sacan los pescadores á la orilla, van escojiendo todos los peces buenos, y arrojan los de mala calidad. Esto mismo sucederá al fin del mundo; saldrán los Ángeles y separarán á los malos de entre los justos, y arrojarán aquellos al infierno. Allí será el llanto y el crujir de dientes.»

Jesús dirigió aún al pueblo otras muchas parábolas parecidas, cumpliéndose

así la profecía de David: «Abriré mi boca en parábolas y pondré de manifiesto cuanto estaba oculto desde el principio del mundo.»

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIEDADES

GRACIOSÍSIMO.

Mr. Eugenio Baduox era un rico belga fabricante de cristal que, no se sabe si por cálculo ó por odio á la Iglesia católica se había hecho tan libre-pensador que se había puesto al frente de una *liga de entierros civiles*.

Por si algunos de nuestros lectores ignora lo que son tales ligas, lo diremos:

Las ligas de *entierros civiles*, ó por otro nombre, de los *solidarios*, son unas sociedades que forman los más rabiosos incrédulos para impedirse unos á otros en la última hora de su vida la vuelta á la religión.

Si Satanás en persona hubiese querido inventar infamia igual, no lo consigue inventado.

Los socialistas en el verdadero sentido de la palabra, hasta llegan á elevar á escritura su compromiso y aun á legar á la sociedad su cadaver para que la familia no pueda disponer de ellos despues de muertos. De este modo, los consocios, despues de haber impedido que el moribundo, si se arrepiente, pueda llamar á un sacerdote en sus últimos momentos, cuando ha fallecido ya, se apoderan de su cadaver y le entierran como un perro.

Hasta ahora habíamos oído hablar de miserables que venden su persona; pero de hombres que vendan el derecho de cambiar de opinion no habíamos oído: estaba reservada esa novedad á los apóstoles de la *libertad de conciencia*.

Pues bien, Mr. Baduox era un apostol de este jaez y ejercía su apostolado entre los obreros de su misma fábrica, obligándoles á seguir sus incalificables doctrinas, á votar por los libre-pensadores y á enterrarse civilmente.

Mas hé aquí que llegan los últimos sucesos de Bélgica; los socialistas se echan á la calle y los obreros de Mr. Baduox son los primeros que toman parte en el motin, eehándose sobre la fábrica de su amo.

—¡Pero hombre! exclamaría Mr. Baduox, ¿á mi tambien?

—Si señor, á V. tambien; hay que ser consecuentes.

Y en efecto, los obreros de Mr. Baduox, fueron tan consecuentes que le

dejaron completamente satisfecho. Llegaron, tomaron por asalto su fábrica, la incendiaron, se introdugeron en sus habitaciones las saquearon, se pusieron su ropa, se burlaron de él saliendo al balcon á saludarle y por último no le asesinaron porque se escondió no se sabe donde.

Las pérdidas sufridas por este desgraciado, segun los periódicos, ascienden á tres millones de francos, ó sean doce millones de reales.

Calculamos nosotros que Mr. Baduox se quedaría diciendo entre sí:

—¡Qué cosa tan grande es mi doctrina! ¡Qué cosa tan útil!

¡Especialmente para criar cuervos!

A. C. y G.

LOS DIAS FESTIVOS.

Confirma todos los dias la experiencia, que los pueblos en que no se guardan los dias festivos, están desmoralizados. Para saber la estadística moral de un pueblo, basta saber el respeto que sus habitantes profesan al dia del Señor.

Además cuanto son más religiosos los pueblos, tanto las costumbres, el traje y los medios de vivir, son más sencillos y de menos lujo. Tienen menos necesidades, y por lo mismo pasan más felizmente la vida.

Pero entra la desmoralizacion, son más frecuentes las infracciones de los dias festivos: pues hasta este dato para asegurar que el lujo aumenta, y ya la gente no puede pasar la vida con lo que antes le bastaba para vivir.

El hijo se avergonzará de seguir la profesion de su padre; las criadas querrán vestir como las amas, y todos viven como huesos dislocados.

Pocos dias ha un Obispo de Francia, (el de Chalons), se postraba á los piés de Leon XIII, y exponiendo e el estado de su iglesia, entre otras cosas le dijo así: «*Santisimo Padre: en mi diócesis se viola la ley del domingo.*» Al oír esto, dice un testigo presencial, el semblante del Papa se cubrió de tristeza. «*Violar el domingo—dijo suspirando—es el presagio de todas las desgracias, es apagar la fé, abandonar la oracion, olvidar la eternidad, es suprimir á Dios en la vida del hombre. Si un pueblo generalizase esas faltas, sería un pueblo como no se ha visto nunca en el curso de los siglos, un pueblo sin Religion. ¿Quiere la Francia hacer esta terrible experiencia? ¿Quiere ir contra el buen sentido y la conciencia de sesenta siglos? ¿Quiere afrontar la justicia de Dios? ¡Pobre Francia!*»

¡Pobre España! podemos decir nosotros tambien.

En esa materia vamos llegando ya á la altura de... los perros.

Y dicen que nos civilizamos.

CANTARES

Yo no sé por qué la muerte
Con tanta pena sentimos
Si siempre vamos buscando
La muerte nosotros mismos.

Dejate de tantas cintas
Tanta flor y tantas galas,
¿A qué adornas tanto el cuerpo
Si llevas desnuda el alma?

M. Jorreto.

A LOS PADRES DE FAMILIA.

Vuestros hijos serán lo que querais que sean. ¿Son buenos? Pues os lo deben en gran parte á vosotros.— ¿Son malos? Vuestra es casi toda la culpa.

Dios justo, al pedir á los padres cuenta de sus propias acciones para premiarlas ó castigarlas, les exigirá al mismo tiempo cuenta de las acciones de los hijos. Por regla general, los padres se salvarán con sus hijos ó se condenarán con ellos.

Dime con quién andas y te diré quién eres, dice el proverbio, hijo de la experiencia. Pues si el compañero influye tanto con sus palabras y ejemplos, que puede su proceder servir de norma para juzgar del proceder del que con él se junta, ¿qué hará el trato íntimo, frecuente, continuo, del hijo con su padre, y sobre todo en la tierna edad, con su madre?

CONSEJO

No desconfies jamás
si atribulado te vieres,
ten fé y haz lo que pudieres:
ya hará el Señor lo demás.

M. AMAT.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por si entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.

Media 2 » »

Un cuarto id. 1 » »

Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y en Cuba, «La Historia», Remedios.